

OPINION

GUILLERMO ARAGÓN L.

La terca memoria

Han pasado ya 40 años desde aquellos días aciagos de rebelión contra el autoritarismo del Estado, encabezada por los estudiantes en 1968 y que culminó con la masacre de un número aún no determinado de ciudadanos en la Plaza de las Tres Culturas en Tlaltelolco. Con ese acto de barbarie injustificable, el sistema político unipartidista y autoritario dio por concluidas esas protestas que fueron calificadas primero como simple “agitación estudiantil”, hasta llegar una “conjura del comunismo internacional” que ponía en peligro a la patria.

Y sin embargo a lo largo de estos 40 años, el régimen ha tenido que cambiar a regañadientes ante la presión de las luchas sociales que sin llegar a la efervescencia del 68 se han mantenido desde diferentes frentes. Muchos de los cambios “democráticos” han sido sólo cosméticos (cambiar para seguir igual), pero a pesar de eso, las luchas por cambiar la permanente situación de injusticia, de impunidad, de corrupción y de servilismo del poder a los intereses transnacionales, se han mantenido, acorralando a una clase política que para sobrevivir ha tenido que camuflarse con los colores de sus antiguos enemigos.

Con el paso de los años ha ido quedando claro que fue el gobierno quien deliberadamente masacró a los manifestantes de Tlaltelolco como una medida extrema para detener un movimiento que se inició en unas simples demandas estudiantiles, pero que muy pronto catalizó el descontento popular que desde décadas atrás se venía acumulando entre los obreros (movimiento ferroviario), los campesinos (las rebeliones por la tierra como en Morelos) y la clase media (el movimiento de los médicos y del magisterio).

Y sin embargo, la memoria de quienes vivieron de cerca o de lejos el movimiento se ha mantenido viva. Alguien, en un acto de valor se atreve a llamar públicamente “espurio” al Ejecutivo federal y a denunciar la falta de libertad de expresión en el país. La terca memoria de la mayoría de los ciudadanos de este país sigue pidiendo cuentas.

■ A sus 14 años de edad se empleó en una empresa que también contrata adultos Vende José Reyes elotes en la vía pública para contribuir a la economía de su hogar

■ La desigualdad social ocasiona las injusticias entre las personas, considera

■ TERE RAMÍREZ OJEDA

La necesidad lo hace caminar parte de la noche todos los días para vender al menos 10 elotes preparados. Hace tres años decidió ocupar parte del tiempo que tenía para “jugar” en deambular por las calles de las colonias capitalinas para ayudar al gasto familiar.

“A veces descanso los domingos, lo bueno es que los señores con los que trabajo me llevan y traen todos los días”, refiere José Reyes Mora, quien tiene 14 años de edad y cursa el primer año de secundaria.

José forma parte de un grupo de empleados, entre adultos y menores de edad de San Lucas Cuauhtelulpan, que se despliega en las colonias y comunidades del municipio de Tlaxcala para vender elotes preparados. Su contratista los traslada en una camioneta y los distribuye en puntos estratégicos.

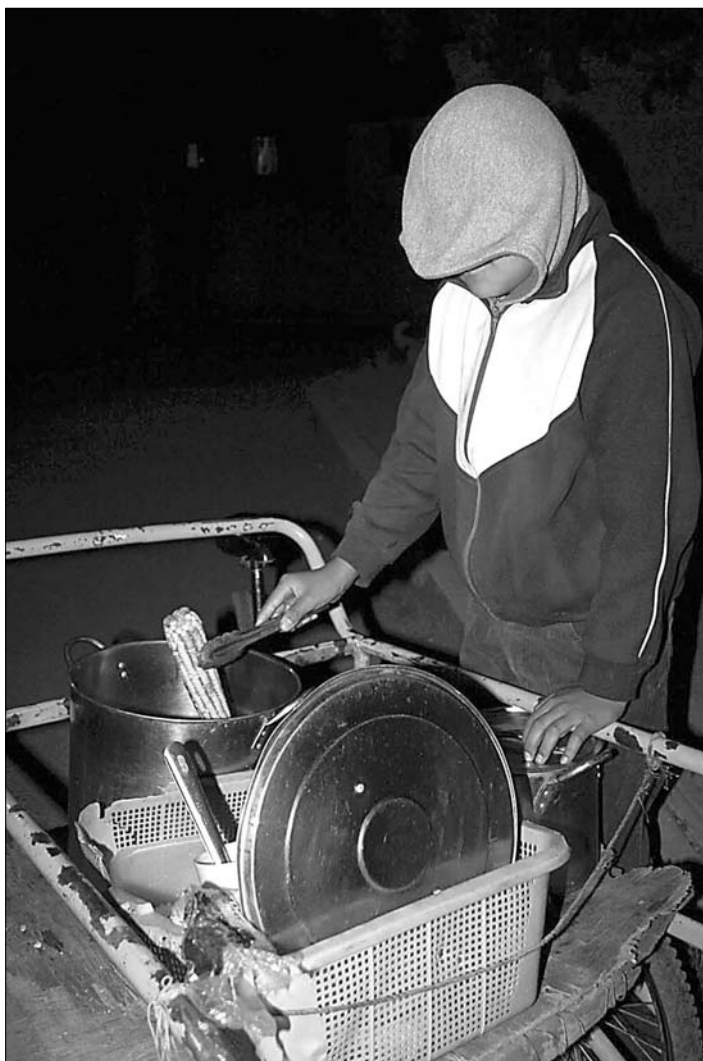
Ya en su punto de venta, José camina al lado de su triciclo para recorrer algunas calles de unidades habitacionales como Volcanes, Tres Volcanes y colonias como La Joya. Por la venta de cada elote que vale 10 pesos, él se gana tres.

Después de cumplir con su horario de clases, José se prepara para su jornada laboral que inicia a las seis de la tarde y termina entre las 10 y 11 de la noche, “cuando me va bien vendo hasta 15 elotes, pero la mayoría de las veces vendo 10”, refiere mientras se acomoda en la cabeza el gorro de la sudadera que lo cubre.

De complexión delgada, moreno y cabello extremadamente lacio, José, a quien ya sólo le quedan tres elotes por vender, acepta relatar sus andanzas a este diario, pero apenado dice que no le gustan las fotos y se rehúsa a ser captado por la cámara.

—¿Cuál es tu mejor experiencia en este trabajo?

—Tener mi propio dinero, a veces le doy a mi mamá o me lo gasto en la escuela, refiere mientras cuida que el gorro gris



José Reyes trabaja de 18 a 22 horas todos los días ■ Foto Alejandro Ancona

de su sudadera cubra parte de su rostro.

—¿Y la peor experiencia?

—¡Uy! Fue algo feo, una vez iba vendiendo en Totolac, ya era tarde y me pasé a la autopista casi enfrente de una iglesia en ruinas (Nuestra Señora de las Nieves) y que se me aparece una *calaca*, me dio mucho miedo porque no pasaba nada de gente y estaba bien oscuro.

De inmediato —dice José— pedaleó su triciclo para llegar a una zona más poblada y con alumbrado público. Ya a salvo y cuando pasó la camioneta para llevarlo a su casa, le contó a uno de sus compañeros de trabajo su experiencia, quien le dijo que en ese lugar se aparecían fantasmas porque hubo

monjas que tenían hijos y los enterraban vivos.

Desde entonces, José —segundo de cuatro hijos— cuida no pasar por lugares solitarios y aunque su andar es nocturno, camina por zonas pobladas para vender más rápido sus elotes.

■ Desea graduarse de abogado

Pessoa escribió: “más vale ser niño que comprender el mundo”; sin embargo, José, a su corta edad, reflexiona que es la desigualdad social la que ocasiona las injusticias entre las personas en el país.

Sin percatarse que su situación es un ejemplo de su aseveración, suelta sin reparo: “exis-

te gente mala y ventajosa que se aprovecha de otros”.

Y es que José no tiene ningún beneficio extra por su trabajo, no tiene seguridad social y sólo obtiene ganancias si vende la mercancía, esto sin tomar en cuenta que la ley laboral no permite el trabajo de menores de edad y mucho menos en horarios nocturnos.

Sin embargo, como todos los seres humanos tiene sueños. Él tiene claro que estudiará derecho para ejercer como abogado y reitera que tomó esa decisión porque hay “muchas injusticias en la vida”.

Su padre es obrero de la empresa Ideal Standard, dedicada a fabricar muebles para baño, y su madre es ama de casa. Él decidió trabajar porque se percató que el dinero no alcanzaba en su hogar y siguió los pasos de su hermano mayor que también se empleó en el comercio.

Un poco molesto, agrega que no tiene muchos amigos, porque “la mayoría son bien groseros conmigo”, y se lo atribuye a que no permite que nadie le ponga apodoso o lo quiera agarrar de *barco*. Para darse a respetar ha tenido que liarse a golpes en algunas ocasiones.

■ Navegante de globos de luz

Como pasatiempo favorito, José elabora globos de papel *china* que se encienden para lanzarlos al infinito. Compara esa experiencia con la de un barco que navega en el mar, pero como el globo multicolor se eleva al firmamento, dice que “es como viajar entre las estrellas”.

Esa artesanía la aprendió en un curso de verano que se impartió en su comunidad, en San Lucas Cuauhtelulpan, y ocasionalmente la realiza con algún amigo o con sus hermanos.

“Me gusta echar globos de papel al cielo porque después de un rato se pierden entre las estrellas. Me gusta verlos como se van hasta perderse y ya no los vuelves a ver”.